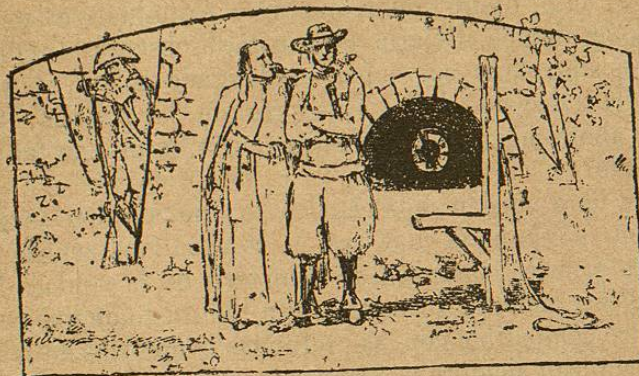


entusiasmo romántico con que las señoras obsequiaban al héroe de dos mundos. Muchas declaraban francamente que estaban enamoradas de él, que no podían vivir sin su retrato. Era un dios, un salvador. Y á título de tal le rogaban y le suplicaban que salvase á la monarquía. «¡Ah! señor Lafayette, salvad á nuestro pobre rey.» A pesar de lo razonable, de lo flemático, del frío temperamento americano que aparentaba el rubio general, era excesivamente comprometedor y difícil, aun para el hombre más sensato, ver á tantas mujeres hermosas llorar en vano á sus pies.

Las mujeres, fuerza es confesarlo, se mostraban en esta ocasión mucho más decididas que los hombres. Ellos fluctuaban entre ideas opuestas, mientras ellas se dejaban llevar por el sentimiento y no vacilaban. Para ellas los partidos eran religiones que profesaban de todo corazón. Las señoras realistas amaban antes de lo de Varennes; después adoraban. Aquella gran falta y aquella gran desgracia eran para ellas un motivo para que aumentase su adoración. La reina había llegado á ser á sus ojos un motivo de idolatría. Lloraban debajo de sus ventanillas, hubieran querido estar encerradas con ella, como madama Lamballe, á quien la reina, á su regreso, la había dado un rizo de sus cabellos con esta divisa: «Encanecidos por la desgracia». La pobre joven, casada en otro tiempo, abandonada por su marido como más adelante por la reina, permanecía atada al peligro, instrumento dócil de las intrigas políticas, víctima predestinada para el odio popular.

Pero también el peligro era el que incitaba á las mujeres. La prueba de ello se vió el primer día que la reina pudo ir al teatro, día de lucha entre los palcos realistas y el patio jacobino. La encantadora Dugazon, en aquel palenque de los partidos, servidora humilde del público y con mucha exposición, se atrevió sin embargo á aprovechar una frase del papel que representaba para dar expansión á los sentimientos de su alma; se adelantó hacia el palco real, convulsa de amor y de audacia, y pronunció estas palabras que poco después podían costarle la vida: «¡Ah! ¡cuánto amo á mi señora!»



## CAPITULO XVI

## La sociedad en el 91.—El salón de Condorcet.

Dos religiones frente á frente: el ídolo y la idea.—Reinado del sentimiento de las mujeres.—El espíritu de imitación confundido con el ideal.—Tendencias elevadas de las mujeres. Intervienen en la vida política Genlis, Staël, Keralio, Georges, etc.—El salón de madama Condorcet; noble influencia de ésta sobre su marido. Su republicanismismo (Julio 91). Su situación ambigua y contradictoria.

Casi enfrente de las Tullerías, en la orilla opuesta del río, á la vista del pabellón de Flora y del salón realista de madama Lamballe, está el palacio de la Moneda. Allí hubo otro salón, el de Condorcet, llamado por un contemporáneo el foco de la república.

En el salón europeo del ilustre secretario de la Academia de Ciencias, del último de los filósofos, se concentró, efectivamente, desde todos los países del mundo, la idea republicana de la época. Allí fermentó, allí tomó cuerpo y figura y allí encontró sus fórmulas. La iniciativa y la idea primera pertenecía, ya lo hemos dicho, desde el 89 á Camilo Desmoulins.

En Junio del 91, Bonneville y los Cordeleros lanzaron el primer grito. Ahora vamos á ver á madama Roland dotando á la idea republicana de la fuerza moral de su alma estoica y de su encanto apasionado.

No somos de los que exageran la influencia individual. Para nosotros el fondo esencial de la historia está en el pensamiento popular. Sin duda alguna la república flotaba en este pensamiento. Casi todo el mundo la sentía en Francia en estado negativo, bajo esta fórmula: *El rey es ya imposible*. Muchos lo habían dicho ya en forma positiva: *La Francia en adelante debe gobernarse ella misma*. Sin embargo, para que esta idea, general todavía, adquiriera su fórmula especial y aplicable, era preciso que fermentase en un foco reducido, que adquiriera calor y luz, que del choque de las discusiones brotase el rayo.

Al llegar aquí, tengo que detenerme y examinar seriamente la sociedad de aquel tiempo. Dejaría esta historia obscura si refiriera los actos exteriores sin referir sus móviles. Juzgado solamente por los hechos, al ver la indecisión de los directores de la política, tal como la hemos visto ahora mismo, ¿quién sospecharía un mundo tan ardiente y tan apasionado?

En buen hora pueden reprocharme lo que alguien juzgará como una digresión, y que no es más que el corazón del asunto y el fondo del fondo. La primera condición de la historia es la verdad. No sé si la construcción severamente geométrica tan del gusto de nuestros modernos es siempre compatible con las profundas exigencias de la naturaleza viva. Ellos emplean siempre la línea recta y los ángulos rectos; la naturaleza, en el orden orgánico, procede siempre valiéndose de la curva. Veo también que mis maestros, los hijos primogénitos de la naturaleza, los grandes historiadores de la antigüedad, en vez de seguir servilmente la vía recta geométrica del viajero despreocupado que no tiene más objeto que llegar, en vez de recorrer la árida superficie, se detienen á cada momento, y en caso necesario vuelven atrás, para hacer grandes y fecundas excavaciones en el seno de la tierra.

También yo penetraré en el fondo y buscaré las aguas vivas, que al brotar animarán esta historia.

Lo que caracteriza al 91, es que los partidos se convierten en religiones. Dos religiones se colocan frente á frente, la idolatría devota y realista y el ideal republicano. En una, el alma irritada por un sentimiento de piedad retrocede violentamente hacia el pasado que la disputan, y se aferra á los ídolos de carne, á los dioses materiales que tenía casi olvidados. En otra el alma se exalta y tiende al culto de la idea pura; nada de ídolos, no hay más religión que el ideal, la patria, la libertad.

Las mujeres, menos influidas que nosotros por las costumbres sofisticadas y escolásticas, avanzaban más que los hombres en estas dos religiones. Era un espectáculo noble y conmovedor verlas, no sólo las puras, las irreprochables, sino también las menos dignas, siguiendo un noble impulso hacia lo bello, desinteresadamente, tomando á la patria por amiga del corazón: al derecho eterno por amante.

¿Es que cambiaron entonces las costumbres? No, pero es que el amor tendió su vuelo hacia más elevadas esferas. La patria, la libertad, la dicha del género humano se han apoderado de los corazones femeniles. La virtud de los tiempos romanos, si no está en las costumbres, está en la imaginación, en el alma, en los nobles deseos. Miran á su alrededor buscando los héroes de Plutarco; los quieren y los harán. Ya no basta, para agradarlas, hablar de Rousseau y de Mably. Vivas y sinceras, tomando las ideas en serio, quieren que las palabras se conviertan en hechos. Siempre amaron la fuerza. Comparan el hombre moderno con el ideal de fuerza antiguo que llevan en su mente. Nada, quizás, ha

contribuido tanto como esta comparación, esta exigencia de las mujeres á precipitar á los hombres, á apresurar el curso rápido de nuestra revolución.

¡Era tan ardiente aquella sociedad! Parécenos al entrar en ella, que sentimos su caluroso aliento.

En nuestros días hemos visto actos extraordinarios, admirables abnegaciones de multitud de hombres que hacían el sacrificio de sus vidas; y sin embargo, cada vez que hago abstracción del presente y que pienso en el pasado, en la historia de la Revolución, encuentro mucho más calor; la temperatura es muy diferente. ¿Qué acaso el globo se habrá enfriado desde entonces?

Algunos hombres de aquella época me habían explicado la diferencia, pero no les había entendido. Con el tiempo, á medida que entraba en los detalles, estudiando no tan solo la mecánica legislativa, sino el movimiento de los partidos, no solo los partidos, sino los hombres, las personas, las biografías individuales, he comprendido entonces el sentido de las palabras de aquellos ancianos.

La diferencia entre los dos tiempos se condensa en una palabra: *Se amaba*. El interés, la ambición, las eternas pasiones de los hombres, estaban en juego como hoy; pero el amor se llevaba la parte más fuerte. Tómese esta palabra en todos sus sentidos, el amor á la idea, el amor á la mujer, el amor á la patria y al género humano. Amaron lo bello que pasa y lo bello que permanece, una aleación de dos sentimientos tan puros y tan fuertes como el oro y el bronce de Corinto.

El 91 reinan las mujeres por el sentimiento, por la pasión, y también hay que decirlo, por la superioridad de su iniciativa. Jamás, ni antes ni después, tuvieron tanta influencia. En el siglo XVIII, con los enciclopedistas, la inteligencia dominó la sociedad; más adelante será la acción, la acción mortífera y terrible. El 91 domina el sentimiento y por consecuencia la mujer.

El corazón de Francia late vigorosamente en aquella época. La emoción ha ido en aumento desde Rousseau. Primero sentimental, soñadora, época de expectación inquieta, como la hora anterior á la tempestad, como en un corazón joven el amor indefinido antes del amante. Hábito inmenso, el 89 palpitaban todos los corazones... Después el 90, la Federación, la fraternidad, las lágrimas... El 91, la crisis, el debate, la discusión apasionada. Pero en todas partes las mujeres, en todas partes la pasión individual en la pasión pública; el drama privado y el drama social van confundándose, entrelazándose; tejiéndose los dos hilos juntos: ¡ay! muy pronto, ahora mismo, serán cortados juntos.

El principio fué hermoso. Las mujeres, (demasiado se ha olvidado), se iniciaron en las ideas de la libertad bajo la influencia del *Emilio*, es decir por la educación, por las esperanzas, por las aspiraciones de la maternidad, por todas las cuestiones que suscita el niño en el corazón de una mujer desde que nace, ¿qué digo? en el corazón de una joven mu-

cho antes de ser madre. «¡Ah! que sea feliz este niño, que sea bueno y grande! ¡que sea libre!... Santa y antigua libertad madre de los héroes, ¿vivirá mi hijo á tu sombra?...» He aquí los pensamientos de las mujeres, y he aquí por qué en las plazas, en los jardines donde el niño juega á la vista de su madre, ó de su hermana, las veis leer pensativas... Qué libro es ese que ha ocultado la joven en su seno presurosa á vuestra llegada? ¿Qué novela? ¿La *Heloisa*? No: acaso las *Vidas* de Plutarco, ó el *Contrato social*.

Circulaba entonces una leyenda inglesa, que produjo entre nuestras francesas una gran emulación política. Mistres Macaulay, la historiadora eminente de los Estuardos, había inspirado al viejo sacerdote Williams tanta admiración por su talento y su virtud, que había consagrado una estatua suya de mármol, en una iglesia, como diosa de la Libertad.

Todas las mujeres ilustradas aspiraban entonces á ser la Macaulay de Francia. La diosa inspiradora se encuentra en todos los salones. Ellas dictan, corrigen, reforman los discursos que al día siguiente deben ser pronunciados en los clubs y en la Asamblea nacional. Van á oírlos á las tribunas; asisten como jueces apasionados, animan con su presencia al orador débil ó tímido. Que se ponga este en pie y que mire... ¿No es aquella la graciosa sonrisa de madama Genles, entre sus seductoras hijas, la princesa y Pamela? ¿Y aquellos ojos negros, ardientes no son los de madama Stael? ¿Como es posible que decaiga la elocuencia?... ¿Puede faltar el valor ante madama Roland?

Entre las mujeres escritoras, ninguna quizás avanzó con un ardor más impaciente que una dama bretona, viva, espiritual, ambiciosa, la señorita Keralio. Había vivido largo tiempo una vida de trabajos. Educada por su padre, hombre de letras y profesor de la Escuela militar, había traducido mucho, recopilado y escrito una gran historia, la de la época anterior á los Estuardos de mistres Macaulay, la historia del reinado de Isabel. Casada con un patriota más entusiasta que ilustrado, con el cordelero Robert, le hizo escribir, desde Enero del 91 *El republicanismo adaptado á la Francia*. Figuraba en primera línea sobre el altar de la patria durante la terrible escena del Campo de Marte que hemos de referir.

Otra mujer, la brillante improvisadora Olimpia de Gouges, que como Lope de Vega dictaba una tragedia por día, sin saber, según dice ella misma, ni leer ni escribir, se declaró republicana, impresionada por lo de Varennes y por la traición del rey. Antes era realista, y más adelante lo volvió á ser al ver en peligro á Luis XVI, ofreciéndose á defenderle. Sabía, al hacer este ofrecimiento, adonde podía llevarle. Suya es aquella hermosa frase que pronunció reclamando los derechos de las mujeres: «Tienen sin duda el derecho de subir á la tribuna, puesto que tienen el derecho de subir al cadalso».

Esta entusiasta hija de Languedoc había organizado varias socie-

dades de mujeres, y su número aumentaba considerablemente. En el círculo social, donde se reunían hombres y mujeres, una holandesa distinguida, madama Palm-Aeder; pidió solemnemente para su sexo la igualdad política. Fué sostenida y apoyada su tesis por el hombre más grave de la época, el que más que nadie hallaba en la mujer inspiraciones de la libertad. Hablemos de él detenidamente.

El último de los filósofos del gran siglo XVIII, el que sobrevivía á todos para ver realizadas sus teorías, era Condorcet, secretario de la Academia de Ciencias, el sucesor de Mr. Alembert, el último corresponsal de Voltaire, el amigo de Turgot. Su salón era el centro natural de la Europa inteligente. Todas las naciones y todas las ciencias tenían allí su puesto. Los extranjeros ilustres, después de haber estudiado las teorías de Francia, iban allí á discutir la manera de aplicarlas. Allí estaban el americano Tomás Payne, el inglés Williams, el escocés Mackintosh, el ginebrino Dumont, el alemán Anacharsis Clootz, este último fuera de su centro en aquel salón; pero el 91 todos iban allí y todos estaban mezclados. En un ángulo, invariablemente, se hallaba el amigo asiduo, el médico Cabanis, enfermo y melancólico, que había trasladado á aquella casa el afecto profundo que había sentido por Mirabeau.

Entre aquellos pensadores eminentes se destacaba la noble y virginal figura de madama Condorcet, á la que hubiera tomado Rafael por modelo para representar la metafísica. Era toda luz; todo parecía que se iluminaba, que se depuraba con su mirada. Había sido abadesa y se la hubiera tomado por una noble doncella mejor que por una dama. Tenía entonces veintisiete años (veintidós menos que su marido). Acababa de publicar sus *Cartas sobre la simpatía*, libro de fino y delicado análisis, en el que bajo el velo de una reserva extremada, se adivina sin embargo la melancolía de un corazón joven al que ha faltado alguna cosa. Equivocadamente se ha supuesto que había ambicionado los honores y el favor de la corte, y que despechada se lanzó á la Revolución. Nada más impropio de un carácter semejante.

Menos inverosímil es lo que se dijo también, que antes de casarse con Condorcet le había manifestado que su corazón no era libre, que amaba sin esperanza. El sabio oyó esta confesión con bondad paternal y la respetó. Dos años enteros, según la misma tradición, vivieron como dos espíritus, y hasta el 89, en el hermoso momento de Julio, no vió madama Condorcet toda la pasión que sentía aquel hombre tan aparentemente frío; entonces comenzó á amar al gran ciudadano, al alma tierna y profunda que conservaba como si fuera su propia felicidad la esperanza de la felicidad de la especie humana. Entonces le encontró joven, con la juventud eterna de aquella gran idea, de aquella hermosa aspiración.

El único hijo que tuvieron nació nueve meses después de la toma de la Bastilla, en Abril del 90.

Condorcet, que tenía entonces cuarenta y nueve años, se rejuvenecía con aquellos grandes acontecimientos; entregaba una nueva vida